EL MINISTERIO

DE

LA-GRANJA,

Por un español.

Madrid:
OFICINA DE D. TOMAS JORDAN.
Impresor de camara de S. M.

1837.

Grave es el interés que debe inspirar á los hombres la resolucion de las cuestiones políticas; y tanta mayor importancia envuelven éstas, cuanta mayor es su relacion con los acontecimientos que deciden de la suerte de las naciones.

Convencido de esta verdad, y deseoso de aplicar sus consecuencias á la situacion presente de mi patria, tomo hoy la pluma, no para formular inculpaciones inútiles, declamando vanamente sobre el diluvio de desdichas que nos oprimen, sino para determinar, si puedo, la verdadera posicion del gobierno, las esperanzas que su marcha puede desarrollar, finalmente los sucesos á que necesariamente deberá conducirnos.

Todo gobierno es, en nuestro concepto, la consecuencia natural del estado moral y físico del pais que gobierna : esto equivale á decir que todo gobierno cuya existencia llega á ser un hecho, de-

sempeña la mision á que necesariamente es elevado por la situacion política del pueblo.

Las naciones, cuando sufren las consecuencias de un imperio despótico, lo mismo que cuando conquistan sus derechos á costa de sangrientas revoluciones, ó por medio de reformas lentas, no hacen mas que obedecer al impulso que les comunican sus necesidades físicas é intelectuales. Los diversos aspectos que tanto en una como en otra situacion puede presentar el gobierno, son la espresion variada de las modificaciones que sin cesar esperimentan los pueblos en la continua marcha de progreso, á que por una necesidad instintiva son llamados.

Esto supuesto, no juzgaré yo del ministerio que hoy maneja las riendas del Estado, como de un hecho cuya existencia pudo tener otra forma y resultados diferentes de los que ha producido: antes por el contrario demostraré que en la situacion de los negocios públicos, cuando el ministerio Calatrava subió al poder, no hizo mas que representar la desgraciada época que lo produjo, y los fatales acontecimientos que le precedieron. El ministerio del 15 de agosto nació en el seno de una rebelion militar; aceptó como legado del ministerio Isturiz su pensamiento político, y para encubrirlo, transigió, como pudo, con las exigencias de la revolucion. Envuelta en tan manifiestas contradicciones, su marcha no ha dejado un solo instante de ser la

espresion exacta de las heterogéneas obligaciones que la ocasionaban.

La España, combatida hoy por dos partidos enemigos, apenas da señales de reconocer en ninguno de ellos el principio de vida y de salud que su desventurada situacion exije. Oprimida largos años, y degradada con la opresion, tiembla tal vez al recordar las épocas de proscripcion y de muerte que por ella pasaron, sembrando en las generaciones el silencio medroso de los sepulcros. Y cuando, puesta la vista en el bando contrario contempla alzada una enseña de libertad, tambien tiembla, al reconocer escrita en ella una mentira sacrílega. Educado por el despotismo, el pueblo español sufre las dolorosas consecuencias de su educacion : ignora, porque fue gobernado para ignorar ; y desconfia, porque jamás vió la verdad en las palabras de sus gobernantes. Sin embargo, alguna vez se agita convulsivamente, como el moribundo, en medio de dolores agudos, al presentir la cercanía de la muerte.

Los hombres que á principios de este siglo ensayaron las teorías y los resultados filosóficos del siglo XVIII, cometieron el error de creer que la España reunia los mismos elementos de revolucion que acababan de producir en Francia tan fecundas consecuencias. Creyeron estos hombres que para llegar á la libertad solo habia un camino ; y con tal obstinacion se empeñaron en recorrerlo, que ni

los escarmientos mas lastimosos han podido bastar á desengañarlos. Todavía imperan sus doctrinas equivocadas, produciendo, como siempre, pobreza, desaliento y rencillas miserables. *Libertad* dijeron al pueblo español; y el pueblo creyó en la *libertad*; y la palabra sagrada no hizo mas que resonar en las asambleas, sirviendo de máscara á la ambicion, á la rapacidad y á la perfidia de nuestros mandarines.

La nacion gemia entre tanto, pagando con su dinero y con su sangre el derecho de no creer en las promesas de sus gobernantes. Cundió con esto la desconfianza, convirtióse en profesion honesta la mala fé; traficaron los hombres con la fortuna pública, enriqueciéndose con los secretos de Estado; y los que sobre el campo de batalla debieran conservar algunas virtudes, no se avergonzaron de vender á vil precio sus juramentos y el porvenir de sus compatriotas. Diez años de sangre y de terror vinieron despues á completar tan dolorosa perspectiva.

Tales han sido los caminos por donde en estos últimos tiempos el pueblo mas privilegiado de la naturaleza ha llegado á la mortal congoja que hoy enerva su pasada energía.

Los funestos recuerdos del gobierno absoluto le aterran: los desengaños fatales obtenidos á tanta costa en las épocas constitucionales tienen de tal manera gastada su fuerza moral, que ni á fundar

esperanzas se atreve. Ignorante y escéptico en política, ha conseguido el triste derecho de mirar á cuantos le gobiernan como á sus mas capitales enemigos. Engañado por los que se llamaron liberales lo mismo que por los absolutistas, y tiranizado siempre, contempla con indiferencia la lucha sangrienta que le despedaza, como si su sangre no alimentára la rabia de las dos facciones que se combaten.

Esto supuesto, ¿cuál podrá ser la espresion mas exacta del estado moral y físico del pueblo español?

Destrozado por dos partidos que simultáneamente toman por bandera la felicidad nacional, gobernado actualmente por uno de ellos en virtud de una revolucion ilegítima, el pueblo español ha visto ocupados los supremos puestos por los que solo se elevan cuando las pasiones, las enemistades y la tiranía triunfan, por los que mandan solo cuando el pueblo calla.

La nacion que en agosto del año pasado comenzaba tal vez á conmoverse y á agitarse, vió muy pronto desacreditada la revolucion por los sucesos miserables de la Granja; y acostumbrada al doblez de los que hasta hoy manejaron su destino, cayó con mayor desesperacion en el desaliento que la consume.

Los hombres y no las cosas triunfaron: En lugar de un hombre que se llamaba Isturiz, entró á

gobernar otro hombre que se llama Calatrava, con la diferencia de que el primero representaba un sistema malo ó bueno de gobierno, y el segundo no representa ni puede representar mas que la desorganizacion y la ignorancia. La desorganizacion, porque así como una revolucion popular, hija de un principio, cuando triunfa, entroniza el principio que la guia, dando orígen á un sistema, así las rebeliones militares, producidas por el soborno y la seduccion, no pueden establecer otra cosa que la inmoralidad y el desórden. La ignorancia tambien, porque los hombres liberales que todavía representan en España algun saber, lejos de aceptar la direccion de los negocios públicos, huyen hoy de ella, convencidos de la instabilidad que no puede menos de caracterizar á un gobierno constituido en una orgía de cuerpo de guardia por la suprema fuerza de un sargento.

¿Quién pues estrañará la marcha seguida por el ministerio del 15 de agosto? ¿Podia ser otra cosa un gabinete establecido con semejantes elementos?

Su existencia prueba la mortal inercia de un pueblo que todos los dias esperimenta nuevos males, sin atreverse á rechazarlos por miedo de un porvenir mas desgraciado. Porque cuando los pueblos mal gobernados sufren silenciosamente los infortunios que de su gobierno provienen, entonces claro es que las masas carecen de energía, de esperanzas y de creencias políticas.

Ahora bien, si la nacion española se encuentra en este triste período de su vida, ¿podrá decirse fundadamente que las convulsiones que la destrozan son los síntomas positivos de una revolucion democrática?

Los pueblos hacen sus revoluciones, cuando en virtud de una creencia, hija de una necesidad, buscan por instinto el remedio de los males que los afligen. ¿Dónde está en España esa creencia política, ese principio regenerador de nuestra vida social, destructor vigoroso de lo que existe, creador de nuevas instituciones, que con una mano construye sobre nuevos cimientos el edificio que con la otra sabe arruinar, sin dejar jamás un vacío en el enlace de los intereses y de las instituciones?

No una, sino muchas veces hemos fijado nuestra atencion detenidamente en los diversos sistemas que en las tres épocas constitucionales se han disputado la preponderancia política en nuestra desventurada patria: y despues de largas meditaciones, despues de comparar las teorías con la práctica, las palabras con los hechos, hemos adquirido la triste conviccion de que ninguno de los ministerios, que en los tres mencionados períodos hemos visto manejar los intereses públicos, ha sabido conocer la verdadera situacion del pueblo español.

Establecidos estos antecedentes, fáciles son ya de deducir sus inmediatas consecuencias.

La nacion española está todavía lejos de poseer

la creencia filosófica y política que necesitan los pueblos para hacer por sí mismos sus revoluciones.

La España, dividida entre dos partidos enemigos, mira con indiferencia la guerra que se hacen, sin esperar en ningun caso mas que opresion y pobreza.

El pueblo español escéptico y desconfiado en política, se encuentra en el último extremo de desaliento y miseria.

La experiencia de otras épocas ha demostrado que ni los que se han dado el nombre de liberales, ni los que combaten por el absolutismo, poseen los medios de hacer la felicidad pública.

El ministerio Calatrava es la expresion mas exacta de una situacion tan desdichada.

Porque el actual ministerio carece de creencia política, ignora el porvenir que se prepara, y finalmente no tiene la capacidad que se necesita para organizar los intereses públicos.

Elevado, como he dicho, al poder por un medio ilegal y sedicioso, desde luego se vió en el triste caso de renunciar á su pensamiento político, por la necesidad en que estaba de lijitimar su oríjen. Para conseguir este objeto, transijió con las juntas provinciales, confundiendo la revolucion del pueblo, que acaso empezaba, con la rebelion de un rejimiento, prenda segura de tiranía y de desórden. Callaron las provincias; triunfó el ministerio, ó lo que es lo mismo, triunfó el sarjento Gar-

cía; nadie vió entonces que la revolucion podia tal vez comenzar como un resultado de las desdichas que agoviaban la pátria, por lo mismo que faltaba un principio y ese podia nacer y difundirse á favor de la ajitacion pública; finalmente, la esperanza de revolucion, antes vírjen de influencias viciosas, mezcló una vida que solo consistia en el porvenir, con la existencia corrompida de un motin de soldados. Cundió con esto la desmoralizacion, y las notabilidades que habian podido resistir al embate de nuestras convulsiones, perdieron el prestijio de gloria que gozaban, y en vano quieren ya invocar el poderío de sus descoloridas reputaciones; que las masas han pronunciado su sentencia de muerte con el solo hecho de negarles su confianza. Los ídolos de 1812 yacen hechos pedazos al pie del ara desde donde fascinaron á la muchedumbre.

Entre tanto el ministerio, comprometido por fuerza con los unos, abandonado de los otros, pendiente en las Córtes de una mayoría exijente y poderosa con la que no simpatiza; ni puede desarrollar su pensamiento, si alguno tiene, ni sabe prevenir los deseos del Congreso, reparando sus ataques, ni quiere adoptar la intencion de sus predecesores, que acaso es la idea que mas alhaga sus opiniones; prefiriendo el doblez y una apariencia de escepticismo político, á la noble confesion de sus principios y á la iniciativa franca que for-

ma la verdadera esencia de los gobiernos constitucionales.

Y no se diga que estas son afirmativas sin pruebas: las sesiones de las Córtes son nuestro principal fundamento: léanse las de esta lejislatura, y preséntese una sola cuestion de alta política de hacienda en que el ministerio con sus opiniones haya prevenido abiertamente, como debiera haberlo hecho, las resoluciones del Congreso.

En tan violenta situacion ¿cómo puede el gobierno preparar su porvenir? Nadie conoce sus principios en política, porque á nadie se los ha declarado, no puede encontrar por consiguiente simpatías en esta parte, ó si las halla, son tan vagas que de nada le sirven; la mayoría que en el Congreso le sostiene, á cada instante puede abandonarle sin temor de verse tachada de inconsecuente, como quiera que sus relaciones con el ministerio son enteramente locales y libres de las obligaciones que indudablemente enjendraria la comunidad de principios políticos; por consiguiente la posicion parlamentaria del gabinete actual no puede ser mas efímera ni mas desnuda de esperanzas.

En mi concepto es este tal vez el mas grave de los males que nos persiguen; porque cuando un gobierno carece de porvenir, es que carece de plan, y en semejante caso el gobierno deja de gobernar; existe saliendo, como puede, del dia; sin un

momento de seguridad, olvidando lo pasado, ciego para lo venidero, y miserable esclavo de lo presente. Semejante gobierno se asemeja exactamente á lo que seria un hombre que perdiese absolutamente la memoria.

Demostrado esto ¿cuál será la organizacion que con tales elementos pueden recibir los intereses públicos?

Cuando los gobiernos no tienen pensamiento que realizar, no pueden realizar nada; esto equivale á decir que los gobiernos que carecen de pensamiento práctico, carecen de objeto, ó lo que es lo mismo, de organizacion. Y si esto es asi ¿podrá encontrarla en la administracion de los intereses públicos un gobierno para el que no hay ni *ayer* ni *mañana*?

Mi mas íntima conviccion consiste en creer que ningun Estado pierde la posibilidad de salvarse por embrollados y comprometidos que esten los elementos de su riqueza. Tambien creo que esto es asi porque pienso que en las enfermedades mismas de los Estados existe el remedio que puede curarlas: la dificultad está en encontrar el principio de salvacion: una vez hallado, las consecuencias son inmediatas, prácticas, positivas. Ahora bien ¿quién tendrá la osadía de creer que el actual ministerio conoce el elemento de salud que en mi concepto posee la España en mas alto grado que otros pueblos menos infelices?

Si alguno hubiese tan atrevido que lo afirmase, no mi pluma, sino el grito doloroso de los pueblos, eco de calamidades y desastres, le responderia con la mas profunda de todas las convicciones, con la que prestan la pobreza y la desesperacion.

Admitidos estos precedentes, sin principios ni objeto político, sin capacidad para establecer un sistema de órden y solidez en las administracion y empleo de la hacienda nacional ¿cuáles serán las esperanzas á que podrá dar nacimiento la marcha del ministerio Calatrava?

La guerra civil nos consume de un modo espantoso: su conclusion definitiva es el blanco de los deseos de todos; pero sin crédito y sin hacienda ¿podrán verse satisfechos estos deseos? Y sin la conclusion de la guerra ¿llegará jamás á consolidarse una situacion capaz de desarrollar con firmeza los elementos de prosperidad que la España encierra?

No seré yo de los que tomando por moneda corriente los rumores que todos los dias corren acerca del estado de nuestro ejército, funde sobre ellos las graves inculpaciones que sin cesar dirijen al ministerio los periódicos de la oposicion: sin embargo, no dejaré de manifestar la estrañeza que me causa el silencio del gobierno en un asunto de tamaña importancia. Si nuestro ejército está tan organizado y bien provisto como se dice ¿por qué no maniobra? y si no se mueve ¿por qué el mi-

nisterio no satisface la ansiedad pública reduciendo al silencio con la claridad de sus esplicaciones á sus mas encarnizados adversarios? ¿Tiene ó no el actual gabinete los medios necesarios tanto materiales como políticos para acabar con el pretendiente? Si los tiene ¿por qué no los emplea? si no los tiene ¿por qué no los busca? y si no sabe buscarlos, como he demostrado ¿por qué no deja el puesto á otros hombres menos ineptos ó menos desgraciados? (1).

---

(1) Cuando se escribian estas líneas el ejército permanecia en la inaccion: despues han corrido noticias mas ó menos favorables, pero sin esplícita confirmacion del gobierno; yo creo muy bien que no serán adversas, porque todas las probabilidades concurren á persuadirlo; sin embargo de eso la cuestion queda por resolver. El gobierno, por lo que se vé, ha socorrido al ejército; éste se mueve, y de un movimiento resulta la victoria prometida, es decir, la toma de las fortificaciones que componen la línea carlista; ahora pregunto yo ¿se acabará la guerra con este triunfo?.... Me parece que no: y si con esta victoria no se concluye la guerra ¿podrá el ejército terminarla, persiguiendo los resultados de su valor? Esta pregunta se resuelve en esta otra. ¿Está el ejército provisto para todo el tiempo que necesita la terminacion feliz de la guerra? Y si no lo está mas que momentáneamente, como todos sabemos, ¿tendrá el gobierno los medios y la facilidad de proveerlo y pagarlo? Véase lo que mas adelante digo sobre el estado de la hacienda pública, y téngase presente el espacio de tiempo que ha mediado desde el glorioso paso de Luchana hasta ahora.

La situacion del ministerio Calatrava es en esta parte tan indeterminada como en la política y administrativa: ni podia ser de otro modo, una vez admitida la dependencia que mútuamente enlaza estas tres cuestiones. La incertidumbre, el desórden, la imprevision; en cualquiera de ellas trasciende con igual poderío á las demas, como la inexactitud de un principio á sus consecuencias. Es imposible triunfar en la guerra, sin conseguir la victoria en el arreglo económico de los intereses, y en la creacion sólida y racional de un buen sistema político; por consiguiente no puede suceder que el actual ministerio dé las esperanzas que necesita el estado de la España con respecto á la guerra civil.

Réstanos ahora examinar los acontecimientos, que, segun el peso de las probabilidades, nacerán de la marcha seguida por el actual gabinete, marcha que como he dicho, no puede tomar otro rumbo que el que forzosamente le imprimen los sucesos de donde procede y los hombres que la dirijen.

El gabinete del 15 de agosto, de tres modos puede, á lo que creo, dejar de existir: ó perdiendo la mayoría en las Córtes; ó llegando á consumar la bancarrota; ó lanzado por una conmocion jeneral.

En mi concepto estos tres acontecimientos son los que con mayor probabilidad pueden desarro-

llarse en la inmensa escala de consecuencias imprevistas que debe producir una administracion incierta en sus doctrinas, fluctuante en su conducta, y completamente desnuda de esperanzas racionalmente fundadas.

Y por lo que respecta á la mayoría que en el Congreso sostiene al ministerio, ya hemos dicho lo que de ella pensamos. Los lazos que unen hoy al gobierno con el mayor número de los Diputados, no son tan firmes que la existencia política del uno consista, como debiera, en la de los otros: á cada instante pueden quebrantarse la relaciones que los ligan; porque el gobierno está apoyado en las Córtes, mas que por un poder homogéneo y compacto, representante de una comunidad de ideas políticas, por una mayoría creada á fuerza de compromisos individuales. El gobierno, como he dicho, no ha formulado sus opiniones de un modo público; por consecuencia la mayoría que le apoya, no le puede sostener por una simpatía jeneralmente reconocida, sino por la reunion de los intereses y relaciones privadas de sus individuos. La preponderancia que en el Congreso sirve de fundamento á la existencia del gobierno, es tan lijera como el polvo de los arenales; á cada instante puede conmoverse y arruinar el edificio que sostiene; una palabra, un hecho, el mas pequeño descuido pueden trastornarle, cambiando las influencias que hoy defienden al ministe-

rio, en otras tantas enemistades parlamentarias.

Sin embargo, no creo yo que la caida del gabinete actual vendrá á ser la consecuencia de una cercana derrota en las Cortes; porque asi como no vemos la mayoría de estas dominada por una idea jeneral, asi tambien la oposicion esperimenta la misma falta de homojeneidad en las opiniones. De aqui sin duda nace la incertidumbre con que se esplica el público acerca de la candidatura ministerial que necesita toda oposicion, una vez pronunciado su deseo de derrocar la administracion existente. Los diversos y hasta encontrados matices que presenta la minoría de las Córtes, y la desgraciada situacion de nuestra hacienda, retraen ademas á los que por su capacidad ó su atrevimiento pudieran pronunciarse con mayor popularidad en los debates parlamentarios; con lo cual, detenido mas y mas el triunfo de la oposicion, todos los dias halla nuevos obstáculos la derrota del ministerio en el Congreso; derrota que por otra parte evita el gobierno, esquivando sin cesar la ocasion de pronunciar su color político, siempre que por cualquier concepto duda del éxito de las discusiones.

Las votaciones de las Córtes no son por consecuencia las que con mas probabilidad podrán ocasionar la caida del gabinete que hoy nos gobierna. Pero si las opiniones del Congreso están tan equilibradas, que por ellas no es muy fácil llegar á con-

seguir un cambio ministerial ¿podrá suceder éste en virtud de conmociones populares?

Antes he dicho mi opinion respecto al estado moral y físico de la España. Posibles son las conmociones en un pais tan desdichado como el nuestro; pero semejantes sacudimientos distan todavía mucho del carácter verdaderamente revolucionario que se les atribuye: no es por consiguiente fácil de prever con exactitud un suceso que tantas y tan diversas causas pueden originar. Sin embargo, yo pienso que mientras las Córtes esten reunidas, es imposible toda escision en las provincias; y aun en el caso todavía lejano de disolverse las Córtes, creo que es muy difícil la instalacion de nuevas juntas. Los pueblos han visto que semejantes corporaciones valen poco mas ó menos lo mismo que los gobiernos que atacaban; y tan desengañados estan de ellas, como de las demas farsas con que sin cesar han sido burlados.

Con todo eso, no seria de estrañar que la miseria, la desesperacion y el hambre llegasen en ciertas clases á tal estremo, que cansados los hombres de llorar en silencio sus desdichas, lanzasen un grito instintivo de salvacion, anegando en sangre lo justo y lo injusto, la inocencia y el crímen, la verdad y la mentira, finalmente, todo cuanto de bueno y malo constituye hoy nuestra desventurada condicion social. A tan violenta consecuencia puede sin duda conducirnos la ineptitud y la am-

bicion de los que nos mandan; y en semejante caso ellos serán los responsables de tan necesarios esterminios; que los pueblos, una vez reducidos á la desnudez, á la degradacion y al hambre, tienen derecho de tomar, donde lo hallen, lo que el Gobierno no sabe ó no quiere darles. Pero aun en el supuesto dudoso de que tenga lugar este acontecimiento, no le creo ya tan próximo á realizarse, como la consumacion de una ruidosa bancarrota.

Pocos ignorarán el miserable estado de nuestros pueblos, y la dificultad con que sufren la multitud de cargas que ademas de la guerra los aniquilan. Puede sin temor afirmarse que la nacion está hoy entregando al Gobierno sus últimos recursos; sin embargo, es tal el desarreglo y la inconsecuencia de la administracion existente, que sin saber cómo, las mas pingües garantías de regeneracion y riqueza se deshacen en sus manos, y desaparecen como la sal en el agua, sin producir la mas ligera reforma, ni remediar en lo mas pequeño los males públicos. En valde ha sido el afan y la constancia con que uno de nuestros mas célebres economistas ha combatido para establecer un sistema capaz de nivelar los intereses, de equilibrar las fortunas, y de crear una base continua de riqueza y prosperidad. Los bienes nacionales estan casi gastados sin que sepamos ni se advierta el mínimum siquiera de las ventajas que al

ponerlos en venta se prometieron. La hacienda pública se pierde en el inmenso caos de obligaciones conocidas y desconocidas que por todas partes se beben nuestros recursos. Sin saber á cuanto llega el capital de lo que la España debe, tanto á extranjeros como á nacionales, pagamos por intereses la mitad de lo que producen en líquido todas las rentas del Estado; la guerra por otra parte consume cerca de 200 millones mas de lo que representan todos nuestros actuales productos. Finalmente, tenemos una deuda flotante establecida por la primera administracion del Sr. Mendizabal, que no es fácil de calcular, pero que debe representar en su capital tanto ó mas que el producto líquido de todas las rentas. En medio de todo esto, no sabiendo á punto fijo la estension de las obligaciones públicas, conociendo solo que son muy superiores á nuestros recursos, á cada instante puede suceder una combinacion tal, que el Gobierno, exhausto ya y sin fuerza para hacer frente al estado de los intereses nacionales, se vea en el caso de retirarse por la absoluta imposibilidad de continuar gobernando.

Y si alguien duda de la verdad de lo que afirmamos, fácil le será convencerse de la razon que nos persuade, con solo examinar la realidad de los datos que para pensar asi tenemos.

Las rentas de la nacion han producido en las épocas mas floridas del ministerio de Ballesteros

700 á 800 millones líquidos. Actualmente está probado que no pueden llegar á tanto; la memoria leida á las Córtes por el Sr. Mendizabal acerca del estado de la hacienda presenta como importante líquido de nuestras rentas en el año pasado la cantidad de 448.754,275 rs. 24 mrs.: segun la misma memoria, los auxilios extraordinarios suben á 249,491,719 rs. 30 mrs.: de manera que el total disponible es de 738.245,995 rs. 20 mrs: añadiendo á esto el importe de los socorros suministrados por el extranjero, que no está liquidado, pero que en mi concepto aumentará la cantidad en unos 130.000,000 rs., tendremos en último resultado 900 millones de recursos.

Ahora bien, examinemos primero si con esta cantidad habrá lo bastante para hacer frente á la parte conocida de nuestras obligaciones: segundo, si estas obligaciones, una vez desatendidas, estan sin embargo combinadas de tal modo, que su pago pueda dilatarse mucho tiempo: tercero, en el caso de que esto sea asi, cuanto tiempo podrán admitir de espera.

Y empezando por el primer estremo, no creo que haya un hombre capaz de imaginar que con nuestros recursos actuales cubrimos nuestras atenciones; y si alguno lo piensa asi, que vuelva la vista á las clases dependientes por todos títulos del Estado, y oirá mas de lo necesario sobre atrasos de cuatro, seis y hasta nueve meses en las pagas;

y si á pesar de esto no se convenciese, que fije su atencion solo en el pago de los intereses de nuestra deuda y en el presupuesto de nuestro ejército.

Por la primera de estas obligaciones se debe actualmente, poco mas ó menos, lo siguiente;

Deuda nacional.

De semestres atrasados, anteriores al de octubre pasado, tanto en Madrid como en las provincias.	8.000,000 rs.
Del semestre de octubre último. . .	12,000,000
Del que vence en el próximo abril.	35.000,000
Suma.	54.000,000 rs.

Deuda extranjera.

Del semestre vencido en 1.º de noviembre, y pagado con bonos del tesoro, cuya mitad cumplen en el cercano abril.	44.500,000 rs.
Del que vence en el próximo mayo.	85.000,000
Suma.	129.500.000 rs.

Unidas estas dos sumas, ascienden á 183.500,000 reales.

Ahora bien, tómese en consideracion el presu-

puesto de guerra, calculado cuando el Sr. Almodovar fue ministro antes de la administracion Isturiz, en mas de 800 millones anuales; y considérese tambien el aumento de tropas producido por la última quinta, y lo que se ha invertido en la movilizacion; mas lo que se debe con atraso al ejército, mas el segundo semestre de una y otra deuda, que vencen para el próximo octubre, y se sacará por consecuencia que solo en el pago de intereses de lo que debemos y en el sostenimiento de nuestro ejército se tienen que consumir este año al pie de 1,200.000,000 de reales; es decir, mas del duplo de lo que representan nuestros ordinarios recursos. De modo que si se añade el importe de las demas obligaciones públicas, y lo que necesariamente ha de consumir la multitud de convenios, adelantos, emisiones y demas negocios verificados en el misterio del gabinete del Sr. Mendizabal, no será muy aventurado el afirmar que el déficit que nos oprime ya, pasa de mil millones de reales.

Y si esto es asi, ¿podrá creerse lejana la combinacion de compromisos y apuros que se necesita para que el actual ministerio deje el puesto por no tener absolutamente los medios de alimentar su existencia? Solo en el corto espacio de dos meses vemos, por lo que llevo dicho, acumularse obligaciones que llegan y aun pasan de 200 millones; algunas dilatadas ya en otro periodo y de

irremisible pago; otras con atrasos de mas de un año, y por lo mismo urgentísimas, y todas de la mayor importancia. La cuestion se reduce por consiguiente á saber si el Gobierno tiene los medios de hacer frente en el tiempo indicado á todos estos apuros. El estado de todos los negocios, la ansiedad pública, las urgencias de la guerra, el atraso de todos los sueldos, las privaciones que sufre la tropa en todas partes, y lo que es mas, la miserable situacion de nuestro crédito en los mercados extranjeros, responden con la mas redonda negativa; sin embargo, es tan fecunda la imaginacion de los que gobiernan nuestra hacienda, que tal vez pase la época del peligro añadiendo una nueva invencion á las muchas que hasta ahora van puestas en práctica.

Pero en el caso de que el ministerio salga con bien de esta primavera, ¿será por eso menos cierta la ruina que le amenaza? La nacion sufre un déficit espantoso: los recursos llegan á su término: la verdad se va descubriendo: las intrigas y las trampas van siendo cada vez mas difíciles: todo anuncia que las capacidades de enredo, que hasta ahora han ido sosteniendo á nuestros actuales mandarines se han gastado: la hora de concluir está, pues, muy cercana para el Gobierno, porque la última peseta se aproxima, y sin dinero ni crédito no hay gobierno posible.

En mi concepto son tales los apuros que hoy

combaten á nuestros gobernantes, que no puede suceder que por dos meses los resistan; y si los resisten, supuesta la incapacidad, la incertidumbre, la falta de tino y de prevision que, como he demostrado, los caracteriza, es imposible que en el citado periodo no se enagenen la mayoría en las Córtes, ó provoquen, disueltas éstas, una escision funesta en las provincias. Yo considero la ruina del actual gabinete tan cierta y necesariamente pronta, como la bancarrota práctica á que irremisiblemente caminamos, y en la que tal vez nos hallamos ya envueltos.

He llegado al fin de este folleto: creo haber demostrado la verdadera situacion del ministerio de 15 de agosto: tambien me parece que se deduce fácilmente el porvenir que nos lega por herencia una administracion tan viciosa. Todos los ministerios que han gobernado la España de treinta años á esta parte han dejado tras sí un rastro de desgracias mas ó menos caracterizadas; ninguno escede en la fatalidad de sus consecuencias á los hombres de la Granja. Su existencia como ministros es un cáncer que acaso nos tiene ya destruidos: la curacion mas pronta de semejante dolencia es sin disputa la mejor: nadie puede gobernarnos peor que nos gobierna el actual ministerio; todo, menos el triunfo del absolutismo, es por consecuencia mejor que lo que hoy tenemos.

Podrá suceder, y en mi concepto sucederá, que

los hombres á quienes despues confie la España su suerte no posean la capacidad y la fortuna de consolidar nuestra situacion; sin embargo, yo creo que la nacion española está en el momento crítico de recibir la verdad, de aprenderla, de remediar sus infortunios, en una palabra, de triunfar, tanto de los hombres de 1812, sean cuales sean sus denominaciones y colores, como de los que en Navarra proclaman la inquisicion y el absolutismo; porque hay una doctrina de claridad y filosofía protectora de las naciones, enemiga de todos los despotismos, universal, conciliadora, democrática, capaz en fin de refundir las instituciones de los pueblos, equilibrando justamente los intereses, y organizando las sociedades con arreglo al espíritu de las modernas generaciones.

Los hombres que abrigan estas creencias, y que de ellas viven, solo esperan el momento de presentarse en la arena política; y ese instante se acerca en mi concepto mas de lo que quisieran los intrigantes, los ambiciosos y los embusteros. Tal vez entonces hallará el pueblo español el pensamiento que para verificar su revolucion necesita; tal vez encontrará la idea capaz de reparar todas sus desdichas, constituyéndose de un modo positivo con arreglo al porvenir del siglo XIX.

Entre tanto todos cuantos pertenecemos á esta época, tenemos la sagrada obligacion de sacrificarnos á una esperanza de libertad universal, ata-

cando la impostura donde se halle; diciendo la verdad á los hombres, por amarga que sea; juzgando imparcialmente de los hechos. aun á nuestro pesar; en una palabra, combatiendo sin descanso á los que con máscara de libertad tiranizan al pueblo, y le saquean, y viven de su sangre en la opulencia de los altos puestos.